



Blog en el que una persona normal y corriente irá dejando a ratos qué piensa de la vida, y del mundo en el que vive y de sus gentes; de los políticos y de la política, de la religión (más que de las religiones, que esta persona normal y corriente desconoce casi por completo y en su mayoría), de la cotidianidad y, en la medida en que sus alcances se lo permitan, de la trascendencia. Y de los deseos y de los sueños y de las vigilia; y de la realidad y de la irrealidad y del bien y del mal; y del amor y del odio y de la justicia y la injusticia y de la razón y de la sinrazón y de la inteligencia y la torpeza y de la belleza y la fealdad. Y de la esperanza y la desesperanza y de la generosidad y la crueldad y del egoísmo y de la piedad. Y de la verdad y de la mentira; y de lo lejano y de lo cercano y de las ideas y de los conceptos y de las creencias y los descreimientos; y, a lo mejor, de la eternidad. Y, si quedara espacio, puede que de la felicidad.

Por ser usted un extraño

Me he despertado unos minutos antes de las siete y durante un rato he pretendido ignorar que empezaba un nuevo día en el que mi comparecencia no sería, como en tantos otros, necesaria ni deseada por nadie. Pero él insistió — el día, quiero decir — y me zarandó por los hombros y siguió desgarrando esas primeras brumas que se empecinan siempre en ocultar el azul de un cielo aún más pálido a esa hora tan temprana.

Sí, ¡qué tontería!, no quería saber que permanezco viva ni, y esto es más terrible, que si Dios quiere — y me temo que alberga serias y muy aviesas intenciones de querer, porque mi salud, al menos en lo que yo sé de ella, es una de esas que suelen denominarse “de hierro” —, que si Dios quiere, decía, aún puedo vivir unos treinta años o quién sabe si más todavía a la vista de que en los tiempos que corren los viejos son cada vez más obstinados y, con sus manos sarmentosas y reseca, como garras, se aferran al acto de vivir con un afán — y un éxito, hay que reconocérselo — absolutamente prodigioso. Es curioso, siempre lo he pensado, que habiendo tan poquitas personas felices sea tan infrecuente encontrar quien tenga unas ganas sinceras y desinteresadas de morir. Sí, sí, lo digo en serio.

¡Oh. Pero claro que sí que todo el mundo conoce a algún anciano que protesta “yo lo que tengo ya que hacer es morirme”!, pero, ¿sabe?, lo dicen con la boca chica, nada más por impresionar a sus parientes, por mortificarlos y zaherirlos y meterles el corazón en un puño y que acudan presurosos a arremolinarse junto a él clamando, con los ojos arrasados en lágrimas: abuelo, por favor, qué cosas tienes; tú vivirás muchos años, aquí, con nosotros, que te queremos tanto.

Y ese día le hacen unas natillas, lo que más le gusta, para agasajarlo, aunque con la advertencia de “pero sólo hoy, no te vaya a subir el azúcar”.

Mienten. Unos y otros están haciéndose trampas y tendiéndose redes. Lo sé de buena tinta, por experiencia personal vivida en mi propia carne cuando mi anciana madre augura “pronto me moriré y te quedarás a gusto”... Sí, lo dijo por primera vez hará algo más de veinte

años, a raíz de quedarse viuda, cuando muy afligida lloriqueaba quejumbrosa: si no fuera por mi hija, que me necesita, yo le pediría a Dios que me llevase con mi marido.

Fui siempre lo bastante cínica para no replicar: por mí no lo hagas, de verdad, pídeselo y a ver si hay suerte y te escucha que yo ya me las arreglaré.

Veinte años largos, ya digo, sin que mi madre y Dios den mínimas muestras de llegar a un acuerdo.

Pero entre tanto la claridad crecía y mis ojos abiertos como platos me advertían, en el silencio podía oírlos con una nitidez cruel que me hacía retumbar los tímpanos, “ya no vas a dormirte otra vez. Haz lo que quieras”.

Me levanté y subí la persiana del todo, hasta arriba.

Diecisiete mil quinientos veinte. En un ramalazo de humor negro, o masoquismo, no sé muy bien, me ha asaltado la curiosidad de conocer cuántas veces habré ejecutado desde que nací gestos idénticos con idéntica sensación de angustia, de soledad, de impotencia, de fatalidad y de abandono. Diecisiete mil quinientos veinte — con margen de error, naturalmente, que nunca he sabido con exactitud la fecha y al hacer el cálculo he desestimado los bisiestos — son los días que hace, más o menos, ya digo, que me trajeron a esta casa.

Era el mes de agosto del año siguiente al que yo nací. Tenía quince meses y ahora tengo... si quiere saberlo moléstese.

Nunca he vivido en otra parte. En mi documento de identidad mi domicilio siempre ha sido este.

Hoy es domingo, igual que eran domingo los domingos de cuando era niña y mi padre se sentaba por las mañanas en el cuarto de estar y leía, en voz alta, libros de espiritismo que mi madre escuchaba con devoción al tiempo que cosía.

Ella, mi madre, a mí siempre me pareció no ser una espiritista convencida, era más bien una espiritista “conversa” que había ido

paulatinamente abandonando su catolicismo acérrimo — figúrese, en un muslo, a unos quince centímetros más arriba de la rodilla, aún conserva las marcas del cilicio con que se disciplinaba de muy jovencita — y desvinculándose de sus creencias para abrazar las de aquel señor al que tanto quiso, su único y fanático amor, mi padre, y que consistían, grosso modo, nunca estuve del todo al tanto de tales teorías a pesar de haber crecido a su me permito opinar nefasto amparo, en acumular desventuras, sinsabores y congojas que a la vida siguiente — los espiritistas creen en la reencarnación, no sé si usted lo sabe, “transmigración de las almas” lo llaman —, a la vida siguiente serán esgrimidos como credenciales de que se ha opositado a acceder a una existencia mejor de lo que fue la anterior. No sé si me está entendiendo.

Hoy es domingo. Creo que ya se lo dije, ¿verdad? Sí, hará cosa de dos horas se lo dije ¡Cómo pasa el tiempo! Las diez y treinta y ocho ya.

Tomé un café y he fumado no sé cuántos cigarrillos. Fumo, pienso, lloro, permanezco simplemente sentada y miro la mancha de humedad en el techo que ya se secó hace tres o cuatro veranos. De vez en cuando me pongo de pie y miro el mundo desde la ventana. Es lo que acostumbro hacer los domingos. Claro que, sin saber por qué, y aun de muy tarde en tarde, se rompe la norma y puedo asegurarle — usted no va a creerme, encontraré lógico — que ha habido domingos en mi vida en que he pensado estar siendo feliz. Pero es que, dese cuenta, estamos hablando de aproximadamente dos mil quinientos cuarenta y ocho domingos.

Decía. Que miro a ratos el mundo desde la ventana. Porque mis ventanas — la casa tiene cuatro, habría que decir seis pero la de la cocina nunca tuvimos la costumbre de contarla posiblemente porque sólo da a un patio, amplio, eso sí; la del baño tampoco la contamos pero con toda la razón del mundo, que da a un patinillo oscuro como boca de lobo que es poco más que un tubo. Nunca abrimos la ventana del baño. Si la casa fuera de construcción un poco más moderna le habrían puesto, supongo, uno de esos respiraderos que llevan una rejilla, mucho más higiénico, ¿verdad? Pero bueno, es así y así está... — Porque mis ventanas... divago mucho, pero es que tampoco tengo prisa, no me

agobie, y si no le parece bien márchese... Porque mis ventanas tienen una orientación privilegiada.

Todas, las cuatro, dan no ya a la calle — las ciudades están llenitas de ventanas que dan a calles; no hay más que pasearse por cualquier acera y se las verá a cientos — no ya a la calle sino a un espacio abierto y muy despejado que hace muchos años era “La Glorieta”. Hoy por hoy no lo es al menos propiamente — eso sí, eh, en la placa de la esquina lo sigue poniendo y si, alguna vez, quién sabe, quiere usted escribirme... y no ponga esa cara displicente, cuando la desesperación y la tristeza son una losa insoportable que pesa sobre el centro del pecho amenazando con hacer crujir los huesos pueden tomarse a la desesperada decisiones que nunca se pensaron... escribirme, no olvide escribirlo en el sobre, “glorieta”, delante del nombre o me quedaré sin recibir su carta. Me daría disgusto, no por usted, quien más quien menos se busca sus propios trucos para escapar al menos un instante más del suicidio, lo lamentaría por mí misma si su carta resultaba ser agradable y yo sin enterarme. Que con los desconocidos ya se sabe que pasa: son capaces de sin ton ni son apearse por las orejas — era expresión de mi padre, no sabría traducírsela — y depararle a una una sorpresa grata; cosa que la familia nunca hace.

Las cuatro ventanas dan a la glorieta — hace treinta años que el redondel de césped verde y adornado con árboles fue sustituido por un paso elevado, pero el espacio continúa siendo circular... Mire, las once y cuarenta y dos, mal que bien va pasando la mañana que cuando abrí el ojo se presentaba bastante más sombría... Circular y muy abierto, con media docena de calles que confluyen trayendo casi todas cada una dos hileras de me parece que son plátanos, o tal vez acacias, no me haga mucho caso que en botánica anduve siempre floja, para ser sincera... pero seguro que usted los conoce, tiene sin duda que haber pasado por aquí infinidad de veces; este es un lugar de mucho tránsito — a la glorieta y están orientadas a un Oeste un poco trasquinado, para ser exacta, que cuando el sol se pone se queda un poco a mi mano derecha y no justo enfrente... ¡Ah!, pero claro que sí es un piso alto, un quinto de edificación de las de antes, con techos allí lejos muy por encima de la cabeza, de modo que sí,

una gozada, en ese aspecto no me quejo... me gusta vivir a distancia del suelo, ¿sabe?

¡Ah!... ¿Qué?... Sí... le decía... pero no se impaciente, seguro que cualquier otra persona no le estaría contando cosas tanto más interesantes... ¡pues anda que no es difícil ni nada dar con prójimo medianamente ameno!... Además, si está soportando mi cháchara aunque sea con esa expresión contrariada es porque no tiene cosa mejor que hacer, ¿a que sí?... De modo que a mí no me proteste ni me quiera venir a echar la culpa de sus frustraciones, de sus fracasos, de sus frustraciones... Ya lo dije, ya lo dije, ya lo sé, acabo de darme cuenta... Usted con su hostilidad me ha puesto nerviosa... ¿Por dónde iba antes de la marra?... Ya... de sus fracasos, de sus carencias, de su pusilanimidad para tirar de su propia aflicción.

No tenía ni cuatro años — tengo para mi desgracia una memoria repugnantemente prodigiosa — y la muerte era, por aquello de los espiritismos, ya le dije, en esta casa uno más que comía lo que todos sin rechistar y a mí se me antojaba una señora guapa y de buen temple que un día me llevaría agarrada de su dulce mano a un mundo mucho más bonito y acogedor que éste, así que qué quiere usted que le... No, no le hablaba de eso, lleva usted razón. Estábamos en la ventana viendo la puesta de sol... No le digo más que, si me pilla en casa, suelto no importa qué esté haciendo y me quedo ahí parada mirando esos últimos instantes del azul rabioso del cielo que parece que va a saltar en mil pedazos, de tan frágil, y, al fondo, el resplandor muy tenue ya, dorado, de los rayos chocando contra las siluetas recortadas en negro de los edificios y las copas de los árboles.

Precioso. De verdad. Disculpe que no le diga “venga y lo ve una tarde”, pero es que no recibo.

Vea... las doce cuarenta y siete. Sintiéndolo mucho voy a tener que dejar su encantadora compañía... Pero es que no tengo nada que comer — bueno, algo sí, una sardina de lata y medio bote de remolacha, ayer me comí las otras dos de tres que trae la lata y la mitad de la remolacha... hoy quisiera variar de dieta... caprichos que

ocasionalmente me acometen... cosas — nada que comer ni ganas de cocinarlo aunque lo tuviera. Nunca fui lo que se puede llamar una mujer organizada.

Las doce cincuenta y cinco.

Bueno, ya estoy aquí. Ande, diga que me ha echado de menos, que han sido dos horas que le han parecido una eternidad. Dígalo aunque no lo piense, soy comprensiva y me haré cargo de que lo hace nada más por complacerme; en justa reciprocidad le doy mi palabra de que voy a creerle. Es lo correcto. Son las normas... ¿A que no sabía usted que el concepto “eternidad” lo tenemos todo el mundo equivocado? Pues lo tenemos; no voy a saber explicárselo muy bien pero es algo así como lo enteramente contrario al contenido que por lo general le damos de tiempo prolongado hasta el infinito y que... ¡Dese cuenta qué enigmas tan fantásticos encierra el Universo!..., la verdadera eternidad en alguna parte oí es una ínfima fracción de instante... Yo, si quiere que le diga mi verdad personal — la única con la que he de bregar y contender día tras día pese a todas las verdades absolutas, inconmensurables, sobre las que, pese a quien pese, se asienta la auténtica realidad de la creación entera, dicen —, si quiere que le diga mi verdad no me lo creo. Pero desde luego que no deseo, para nada, interferir en su propio criterio ¡Ah!, pero eso sí que no y hasta ahí podíamos llegar... Ni hablar, ni hablar del tema... No, no no no no no no...; si su opinión es otra resérvesela, con mucho cuidado, para usted solo, o vaya a comunicársela a alguien — siempre lo habrá, le advierto — a quien llene de alborozo y satisfacción encontrarse así, tan de manos a boca, con una ansiada alama gemela.

Pero conmigo no cuente, que para qué vamos a andarnos con medias tintas y pamplinas cuando al arraigo a las convicciones más profundas jamás encontrará a nadie que renuncie y, si coinciden con las suyas, usted caerá en el error de suponer que... Pero no tengo el cuerpo para filosofías. Ya le dije, a primera hora de esta mañana de domingo, diecisiete de agosto, que estoy abrumadoramente deprimida...; y desde un estado de ánimo tan poco propicio más vale no meterse en honduras.

Lástima de no habernos conocido en otro momento, que sí que ha sido mala sombra, que... No, ya, va a pensar que miento... Va a pensar que quiero equivocarlo, confundirlo, pero que... A veces tengo ratos francamente buenos..., ingeniosos, simpáticos de veras e incluso brillantes.

Pocos. Sí..., aunque... Claro que no soy quien para sugerirle paciencia... Digo únicamente que... si la tuviera...

Sí, señor, sé también reír. Es una actividad que se me tercia poco, pero, cuando surge, no me queda mal del todo; puedo llegar a dar la sensación de que la risa es algo con lo que nací puesto. Debería ~~de~~ practicar más, ¿a usted qué le parece? Y si me pongo a analizar los porqués de que me resulte tan difícil tengo que avenirme a reconocer que, lo que son las cosas y qué incomprensible puede ser la naturaleza de los humanos que..., que no lo sé, oiga... No lo sé porque sí sé, en cambio, que no soy persona especialmente proclive a conmoverme, a sentirme afectada por tantas cosas como tienen el poder de poner lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta de las personas que se dicen sensibles...

Pero, no, no quiero hoy hablarle de esas... cosas... ¡Cosa, cosa, cosa!... ¿Se ha fijado alguna vez en cuánto se utiliza esa palabra y de que sirve para casi todo? No, no quiero hablar de sentimientos que pertenecen a ese mundo tan huidizo del instante, de lo eventual que alcanza por sorpresa a los sentidos...; no..., hoy me noto encasquillada en un tono muy gris, muy a ras del suelo, y para poder hacerle comprender en su esencia más honda lo que yo llamo mis grandes dramas, necesito... Y es que yo tengo mi pequeña vanidad, no crea... Me es imprescindible sentirme despierta, vivaz, aguda y no bajo este peso que me oprime ya desde hace días para poder contarle con todo lujo de detalles cómo me sentía cuando de niña mi padre llegaba a casa y... Pero no hoy.

Las diecinueve veintisiete.

Como quien no quiere la cosa hemos logrado casi remontar el día. En una hora o poco más el sol habrá empezado a declinar y hasta ese momento no puede ser ya muy penoso matar de cualquier modo lo que queda de día: leyendo, limándome las uñas, mirando el tiempo y

recordando cuántas veces me dije a lo largo de la vida “la infelicidad es una mala racha que pronto pasará”... Tengo que recordar esas veces, todas, para que no se me vuelva a olvidar nunca y saber, para siempre, que como para mí la infelicidad es una fatídica constante que me acompañará hasta el final de mis días debo ~~de~~ aprender a llevarme bien con ella, y que estemos contentas la una con la otra.

Pero, por favor, no se lo cuente usted jamás a nadie.